

Corpus Christi 2017

Construimos Comunidad
PON TU CORAZÓN

GUIÓN LITÚRGICO

www.caritas-canarias.org



YouTube



Caritas
Diocesana de
Canarias

GUÍON LITURGICO Corpus Christi 2017

AMBIENTACIÓN

El clamor del pueblo israelita en Egipto fue un grito unánime al Señor: ¡Libéranos! Durante su travesía por el desierto el pueblo deberá sufrir duras pruebas, tendrá sed y pasará hambre; de nuevo murmurará contra Dios y gritará a Moisés el porqué de su situación, y se harán eco de un clamor: ¡Libéranos!. La tierra de la promesa les dará un espacio donde habitar, pero la liberación hay que conquistarla en el interior de cada hombre y como pueblo.

Jesús nos dirá que Él es el pan de vida; quien coma de ese pan ya no pasará hambre de ningún tipo, y el que beba de su sangre ya no tendrá sed. a sangre que da vida al organismo humano y el pan que sostiene el cuerpo en la necesidad, son para el cristiano Cristo Jesús. Él corre por nuestras venas y sacia nuestras hambres, cada vez que celebramos y damos gracias en la Eucaristía, porque Jesús ha venido a nuestras vidas, nos ha liberado de toda esclavitud, ha calmado la sed en nuestros desiertos y ha alimentado nuestra vida para que viva siempre.

Hoy, día del Corpus Christi, en que celebramos el amor fraterno, la presencia de Jesús en la Eucaristía, Cáritas nos recuerda que aún queda mucho por hacer, que esa llamada a ser en común debe mover nuestro corazón y nuestros pies para acercarnos a tantos hermanos y hermanas que nos necesitan. La comunión se transparenta en la medida que construimos un mundo más justo y humano.

TEXTOS PARA LA CELEBRACIÓN

PRIMERA LECTURA: Dt 8, 2-3.14b-16a

A los ojos de un israelita, la tierra prometida representaba la manifestación más patente de la elección divina de Israel, a la par que su confirmación. Aunque no se afirme expresamente, por la manera de presentar la tierra se puede decir que esta viene a ser como el «país elegido» por el Señor para su pueblo. Un país «bueno y espacioso, una tierra que mana leche y miel» (cf Ex 3,8; Dt 26,9). La tierra constituye uno de los motivos dominantes del Deuteronomio.

En nuestro texto Moisés recuerda al pueblo lo que Dios ha hecho con ellos. Los cuarenta años por el desierto como expresión de la escasez, el malestar y la esclavitud, son el tiempo de la prueba. El Señor quiere conocer el corazón de su pueblo en las dificultades y ver si este es capaz de guardar sus preceptos o no. El

pueblo ha de poner su confianza en Dios, creer que su Palabra se cumple, que con Él la salvación y la liberación ya han llegado.

Dios ha bendecido a su pueblo, y hace que los israelitas a su vez le alaben por los beneficios recibidos. Entre todos estos beneficios sobresalen la salida de Egipto, la salida del agua de la roca en el desierto, el alimento del maná y la donación de la tierra prometida, en la que encontrarán la liberación y la Vida.

Salmo responsorial
Sal 147, 12-13. 14-15- 19-20
R/. Glorifica al Señor, Jerusalén

SEGUNDA LECTURA: I Cor 10,16-17

De nuevo Pablo, en la Primera Carta a los Corintios, va a aclarar a la comunidad algunas cuestiones para hacerles ver la incompatibilidad de participar en banquetes sacrificiales con las celebraciones cristianas y la cena del Señor.

El apóstol comienza recordándoles «la copa de bendición», y con ella la expresión más elevada para designar la cena pascual. A lo largo de la comida ritual, que se prolongaba varias horas, se escanciaban cuatro veces las copas. La más importante de todas ellas era la tercera, porque en ese momento el padre de familia o el que presidía la mesa pronunciaba la oración de acción de gracias o de bendición.

El hecho de que Pablo pueda dar por conocida esta práctica es un indicio seguro de que ya la primitiva Iglesia de dentro y de fuera de Palestina había hecho suyo este lenguaje para designar con él la Eucaristía. «La copa que bendecimos», lo mismo que hizo Jesús en la última cena, dio gracias sobre la copa «bendiciendo». Ambos vocablos, acción de gracias y bendición, se utilizaron durante mucho tiempo con el mismo significado. «¿No es comunión en la sangre de Cristo?», pregunta Pablo, para recordarles que mediante el acto de la bendición eucarística el contenido del cáliz se ha convertido en la Sangre de Cristo. Esta copa es, para todos los que beben de ella, participación en la Sangre de Cristo.

A continuación, va a nombrar el pan, «El pan que partimos, ¿no es comunión con el cuerpo de Cristo?». La comunión íntima con el Señor Jesús crea una comunión real entre los cristianos. Por el hecho de consumir todos los cristianos un mismo pan, a saber, el pan que es el Cuerpo del Señor resucitado y glorificado, quienes lo comen forman una unidad, un cuerpo. Ese cuerpo es el Cuerpo de Cristo (cf. Rom 12,5), en el que por el bautismo hemos sido sumergidos en él.

En el fondo la preocupación por la unidad de la comunidad está presente en todos los temas y pensamientos del apóstol. Pablo tenía, pues, a su disposición, el acto

sensible y perceptible de la partición del pan que, al menos en principio, se hacía de modo que cada participante recibiera una porción del mismo pan. Es probable que en una comunidad tan numerosa ya no fuera posible que todos los participantes comieran de un solo pan.

EVANGELIO Jn 6,51-59

En el capítulo 6 del evangelio de Juan nos encontramos con el llamado *discurso del pan* (6,29-59), donde Jesús va a dar a sus discípulos el alimento que perdura hasta la vida eterna. El texto comienza con la afirmación de Jesús: «Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo, si alguno come de este pan, vivirá para siempre», a diferencia del maná del cual Moisés señaló diciendo: «este es el pan que el Señor le ha dado como alimento» (Ex 16,15). El pan mosaico no produjo vida, e incluso el mismo Moisés murió (cf. Dt 34,5-8). Ahora hay un pan que supera al pan dado por Moisés, y este es Jesús. El que es el pan realiza ahora otra sorprendente promesa: «El pan que daré para la vida del mundo es mi carne» (v. 51c). El verdadero pan que ha bajado del cielo hará conocer a Dios mediante un don incondicional de sí mismo para la vida del mundo.

Estas últimas palabras de Jesús son fuertes: su *carne* es el pan vivo. Los judíos lo entienden en sentido real y la cuestionan (52): «Se peleaban entre sí los judíos diciendo: ¿cómo puede este darnos a comer su carne?» Si cuando Jesús habló de su origen celestial *murmuraban* (6,41), ahora su reacción sube de tono: combatían, disputaban acaloradamente. Incapaces de ir más allá de lo físico, los judíos, con su pregunta, malinterpretan la promesa de Jesús. Este insiste en un don de carne y sangre para la vida afirmando negativa (v. 53) y positivamente (v. 54) que todo el que coma la carne y beba la sangre de Jesús, el Hijo del hombre, tiene vida eterna y será resucitado en el último día.

Jesús enfatiza el carácter verdadero alimento de la vida eterna: «porque mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida» (v.55) y «el que come de mi carne y bebe de mi sangre permanece en mí y yo en él» (v.56). La Eucaristía crea una común-uniión, una relación de intimidad entre Jesús y el creyente, característica de la «vida eterna»; por ello la Eucaristía «alimenta» y la hace crecer. Es un momento privilegiado de común-uniión con Jesús. A continuación, se introduce aquí el cómo joánico para expresar una correspondencia entre las relaciones del Hijo con el Padre y las relaciones del Hijo con los hombres: «Como me ha enviado el Padre, que vive, y yo vivo por el Padre, también el que me coma vivirá por mí». No se trata solamente de una correspondencia; se trata realmente de un compartir. La vida del Padre es la fuente de la vida del Hijo. De esa vida el Hijo hace vivir a quien lo come.

El discurso concluye igual que se abrió, comparando el pan que los antepasados de Israel comieron en el desierto con el pan que baja del cielo. Jesús remite a la muerte de los antepasados de Israel y promete una vida eterna a quienes comen del verdadero pan del cielo. En la historia humana ha entrado una nueva posibilidad. La Ley era un don de Dios, pero ha sido superada por Jesús, el pan del cielo, prometiendo su presencia permanente, comunicando la vida del Padre a todos los que comen este pan verdadero.

A LA LUZ DE LA PALABRA

UNA TÚNICA NUEVA

Las lecturas de hoy nos invitan a la fiesta. Cuando estamos con el novio, recordaba en ocasiones Jesús, no hay que ayunar, sino que hay que celebrar, manifestar la alegría, festejar y danzar. Estrenamos tiempo nuevo y necesitamos vestirnos de fiesta, hacernos ese vestido nuevo, esa túnica nueva que refleje nuestra estrenada identidad. Vivir con Jesús, permanecer en Él, hace de sus seguidores, de sus discípulos, personas nuevas, alegres, orantes, en comunión, en fiesta.

Todos sabemos que siempre hay alguien que no quiere celebrar, que no le gusta la fiesta, que no desea compartir la mesa, ni estrenar la túnica. Gente que se ha instalado en la rutina de la vida, en el aburrimiento de lo cotidiano, en el caminar cansino de los días. Es en ese momento cuando el creyente tiene que despertar, sacudirse la ensoñación y salir a la vida.

La vida con Jesús no tiene parangón, no se parece a ningún plan ni proyecto que hayamos querido programar. Junto a Él todo se vuelve único, transformante, dinámico, transparente, diferente, eterno. Entrar a celebrar la fiesta de la entrega, del amor sin límites, de la vida estrenada, sin duda precisa de una túnica nueva.

PAN Y VINO

En todas las comidas de las que participa el ser humano en la cultura mediterránea hay pan y vino. Una mesa sin estos dos ingredientes, sean copiosos o humildes, no es auténtica comida; falta algo, no nos sacia ni nos deja satisfechos. Una mesa sin pan y sin vino está vacía, incompleta.

Jesús dice que él es el pan y el vino de nuestras mesas, que permaneciendo en él nuestras hambres se sacian, nuestra sed se apaga, nuestra mesa se llena de comensales que quieren compartir la vida con nosotros. Jesús nos invita también a los creyentes a ser pan y vino para otros que viven situaciones de hambre y de sed, que necesitan que alguien les muestre que la vida es vida, que el sufrimiento con otros se

hace más llevadero, que lo mejor del ser humano se muestra con el hermano que se declara solo, abandonado y perdido.

La fiesta del Corpus Christi es una fiesta de compartir, de brindar, de festejar la Resurrección de Jesús, que también es la nuestra. Ver al Señor por las calles de nuestros pueblos y ciudades implica de nosotros un corazón agradecido por el don de su promesa, porque, en Él, en su pan y su vino, todo es posible. Como nos recuerda el Papa Francisco: «La Eucaristía no es un mero recuerdo de algunos dichos y hechos de Jesús. Es obra y don de Cristo que sale a nuestro encuentro y nos alimenta con su Palabra y su vida».

UNA PRESENCIA INOLVIDABLE

Hemos recorrido un largo camino hasta llegar aquí. Hemos visto cómo Jesús, que comenzó su vida anunciando el Reino, tuvo más tarde que asumir esa "figura de siervo" para llevar a cabo el proyecto de amor y liberación que corresponde al Mesías, al Hijo de Dios. Hemos vivido momentos fuertes con Jesús, nos habíamos preparado un poco para ello; aún así, su entrada triunfal en Jerusalén nos animó. Solo fue un espejismo, su destino se aceleraba, estaba dicho: el Hijo del Hombre tendrá que sufrir y padecer...

La historia continúa y en la cruz murieron nuestros miedos, en la muerte percibimos que la vida es posible, en el dolor comprendimos quién nos libera. Y resucitaste, Señor, la esperanza continúa, la vida buena se derrama, y esperamos tus promesas: el envío, tu subida a los cielos, la venida del Espíritu, la vida en comunión... No queremos que te vayas, seguimos creyendo que de alguna manera nos «abandonaste», pero no es así.

Estás aquí, presente en la Eucaristía; cada vez que comemos este pan y bebemos de este vino, que eres tú. Ahora creemos que permaneces en nosotros, que eres en nosotros, que estás para siempre en la vida de cada día. Ahora sabemos en quiénes podemos verte, en todo hombre y mujer que tiene hambre y sed de tantas cosas, y nos sentimos llamados a ser en nuestro paso en el caminar de la vida. Cáritas nos recuerda que el alimento de tu Pan y tu Palabra es capaz de conducir nuestra vida para posibilitar un mundo más justo para todos, donde nuestra presencia consuele, anime y fortalezca la vida de tantos seres humanos. Solo nos queda agradecerte, Señor. Pensé que esto sería una despedida, y ahora me doy cuenta de que tú eres esa presencia inolvidable. ¡Gracias!

DOCUMENTACIÓN Y TESTIMONIO

EUCARISTÍA: EL ESPÍRITU SANTO NOS REÚNE EN UN SOLO CUERPO COMO OFRENDA AGRADABLE AL PADRE

«En este horizonte se comprende el papel decisivo del Espíritu Santo en la celebración eucarística y, en particular, en lo que se refiere a la transustanciación. Todo ello está bien documentado en los Padres de la Iglesia. San Cirilo de Jerusalén, en sus *Catequesis*, recuerda que nosotros "invocamos a Dios misericordioso para que mande su Santo Espíritu sobre las ofrendas que están ante nosotros, para que Él convierta el pan en Cuerpo de Cristo y el vino en Sangre de Cristo. Lo que toca el Espíritu Santo es santificado y transformado totalmente". También San Juan Crisóstomo hace notar que el sacerdote invoca el Espíritu Santo cuando celebra el Sacrificio: como Elías -dice-, el ministro invoca el Espíritu Santo para que, "descendiendo la gracia sobre la víctima, se enciendan por ella las almas de todos". Es muy necesario para la vida espiritual de los fieles que tomen más clara conciencia de la riqueza de anáfora: junto con las palabras pronunciadas por Cristo en la última Cena, contiene la epiclesis, como invocación al Padre para que haga descender el don del Espíritu a fin de que el pan y el vino se conviertan en el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, y para que "toda la comunidad sea cada vez más Cuerpo de Cristo". El Espíritu, que invoca el celebrante sobre los dones del pan y el vino puestos sobre el altar, es el mismo que reúne a los fieles "en un solo cuerpo", haciendo de ellos una oferta espiritual agradable al Padre».

Benedicto XVI, *exhortación postsinodal Sacramentum caritatis*, n.13.

EUCARISTÍA, SACRAMENTO DE LA FE

«La naturaleza sacramental de la fe alcanza su máxima expresión en la Eucaristía, que es el precioso alimento para la fe, el encuentro con Cristo presente realmente con el acto supremo de amor, el don de sí mismo, que genera vida. En la Eucaristía confluyen los dos ejes por los que discurre el camino de la fe. Por una parte, el eje de la historia: la Eucaristía es un acto de memoria, actualización del misterio, en el cual el pasado, como acontecimiento de muerte y Resurrección, muestra su capacidad de abrir al futuro, de anticipar la plenitud final. La liturgia nos recuerda con su *hodie*, el hoy de los misterios de la salvación. Por otra parte, confluye en ella también el eje que lleva del mundo visible al invisible. En la Eucaristía aprendemos a ver la profundidad de la realidad. El pan y el vino se transforman en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, que se hace presente en su camino pascual hacia el Padre: este movimiento

nos introduce, en cuerpo y alma, en el movimiento de toda la creación hacia su plenitud en Dios».

Papa Francisco, *encíclica Lumen fidei*, n.44.

TE OFRECES AL PADRE Y A NOSOTROS

El pan tan blanco
y el aroma del vino
traen hasta el altar,
en el centro mismo
de la comunidad reunida,
la historia de los hombre,
hecha de esperanza, desilusión,
de gozo y sufrimiento.
Y Tú transformas
en Cuerpo y Sangre
esta historia humana
de amor y subsistencia
de trabajo y de injusticia.
Atravesado de vida nuestra
te ofreces al padre
y nos llevas contigo

hasta su encuentro.
También te ofreces a nosotros
para que comulguemos
con tu presencia y, al acogerte a Ti,
hecho de tiempo y de historia nuestra,
acojamos también la vida de los otros
que en Ti se han hecho sacramento
cercano.
Te ofreces a nosotros
para que comulguemos con tu proyecto
que congrega y resucita
tantas horas humanas
desmenuzadas como harina
por mecanismos que giran
como prensas y molinos.

B. González Buelta, *En el aliento de Dios. Salmos en gratuidad*, 1995, pág. 174.

CUESTIONARIO PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

1. La celebración frecuente de la Eucaristía: ¿qué consecuencias tiene en nuestra vida personal, comunitaria y social? ¿Es una simple devoción, o bien la estructura fuerte de toda nuestra existencia? La presencia de Cristo entre nosotros, ¿qué huellas deja en nuestra vida y en la de los demás? ¿Qué signos nos permiten reconocer esta misteriosa realidad?

2. «Celebrar la Eucaristía sin denuncia profética no es Eucaristía». ¿Qué te sugiere esta afirmación? ¿Solemos compartir junto al Señor las realidades más aflictivas de nuestro entorno? ¿Cómo trasladamos, en la celebración eucarística, las necesidades más próximas que hay que atender? ¿Tiene visibilidad la Cáritas parroquial en nuestras Eucaristías? La comunidad que celebra, ¿suele mantener espacios para la reivindicación, la denuncia y el compromiso?

3. Comentamos el texto y recordamos aquellos momentos en que la unión en torno al Señor ha constituido un acicate para reconciliar, construir y caminar:

«Por tanto, poned empeño en reuniros con más frecuencia para celebrar la Eucaristía de Dios y tributarle gloria. Porque, cuando apretadamente os congregáis en uno, se derriban las fortalezas de Satanás y por la concordia de vuestra fe se destruye la ruina que él os procura. Nada hay más precioso que la paz, por la que se desbarata la guerra de las potestades celestes y terrestres».

PARA CELEBRAR COMUNITARIAMENTE

MONICIÓN DE ENTRADA

La solemnidad del Cuerpo y de la Sangre de Cristo es la prueba del amor incondicional que Dios tiene por cada uno de nosotros.

Ante el amor de Dios, nosotros tenemos que responder amando y de una forma especial a aquellas personas que nuestra sociedad rechaza: «tuve hambre y me diste de comer, tuve sed y me diste de beber, fui forastero y me acogiste, estuve desnudo y me vestiste...». Por ello esta solemnidad es el día de la caridad, «amor con amor se paga». Al amor incondicional de Dios, la Iglesia (cada uno de nosotros), tenemos que responder con amor incondicional al prójimo que se refleja de una forma especial acogiendo a los últimos y no atendidos. Llenos de fe y confianza en el Señor, vamos a comenzar nuestra celebración eucarística.

PETICIÓN DE PERDÓN

- Por nuestra falta de fe, de confianza en Dios, que se entrega en forma de pan y vino. Señor, ten piedad.
- Por nuestra falta de amor, acogida y comprensión a nuestros hermanos más necesitados. Cristo, ten piedad.
- Por nuestras divisiones y egoísmos, por buscar los primeros puestos y no tener una actitud de humildad. Señor, ten piedad.

MONICIÓN A LAS LECTURAS

Con el Salmo 147 reconocemos la gloria de Dios, su grandeza, que no se olvida de nosotros, sino que quiere ser alimento en el camino de nuestra vida. En la primera lectura Moisés nos recuerda el camino que el Señor hizo con su pueblo, cómo lo cuidó y lo alimentó. Esta imagen alcanza su plenitud en el Evangelio, donde Jesús se presenta como verdadera comida y verdadera bebida que nos da la vida.

Participar de un mismo pan y un mismo cáliz nos hace formar un solo cuerpo, nos hace vivir en comunión porque estamos unidos en Cristo. Es lo que nos anuncia el apóstol Pablo en una segunda lectura.

ORACIÓN DE LOS FIELES

Escucha, Padre, nuestra oración para que seamos uno en Cristo:

- Por la Iglesia, para que sea en el mundo signo vivo y eficaz de comunión. Roguemos al Señor.
- Por los que tienen autoridad y recursos en este mundo, para que promuevan el bien común. Roguemos al Señor.
- Por los pobres, los marginados, los desechados y todos los que sufren, para que puedan sentarse en la mesa de los hermanos. Roguemos al Señor.
- Por Cáritas y todos los que en la Iglesia sirven a los pobres, para que seamos signo del amor de Dios para los pobres. Roguemos al Señor.
- Por todos los difuntos, por aquellos que mueren en la calle, en campos de refugiados, en los mares y en las fronteras. Roguemos al Señor.

OFRENDAS

De una forma especial queremos
significar la colecta, que hoy tiene el
nombre de «colecta de la caridad».


MONICIÓN A LA COLECTA

La colecta no es el impuesto que pagamos por ser miembros de la Iglesia, sino que tiene que ser la respuesta al amor incondicional de Dios, que se hace Eucaristía. La finalidad de la colecta es doble, mantener el culto y atender a los más necesitados. En esta celebración la finalidad va a ser única: atender a las personas que más lo necesitan.

Lo importante no es la cantidad que echas en la canastilla, sino que al igual que la «viuda en el templo, que echó en el cepillo lo que necesitaba», no es dar lo que me sobra, sino lo que necesito. El amor no se compone de sobras, el amor se consolida en la entrega generosa.

SALMO CORPUS CHRISTI (Salmo 147)

Juan Jáuregui



Antífona

Glo-ri - fi ca al Se - ñor, Je - ru - sa - lén, ce - le bra a tu Dios, oh Si - ón

Estrofas

DO FA DO SIb FA reu DO reu DO sí fue DO

1- ¡Glorifica al Señor, Jerusalén
alaba a tu Dios, oh Sión!
Él refuerza los cerrojos de tus puertas
y bendice en tu recinto a tus hijos.

2- Asegura la paz en tus fronteras
y te sacia con la flor de los trigales.
Envía su mensaje a la tierra,
su Palabra corre velozmente.

3- Revela su Palabra a Jacob,
sus preceptos y mandatos a Israel:
a ningún otro pueblo así trató
ni le dio a conocer sus mandamientos.